

LA MOSCA ROJA



UT. ESPAÑA. A. PRINCESA 10

Salomon II.

Lagaritjo hecho un matador de 3 al cuarto. Sr. Ralaei; el arte sirve para estos casos y los recursos de los modelos para quien no ve más allá de sus narices. ¡Pero un maestro como vos... que te calles, inglés!

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

Felipe García... como pudo.

La gente de a pie... ¡a cobrar libre de cachos.

Los piqueiros como siempre.

El servicio de camarras... regular.

La Vitis supone que D. Juan Francisco ha pretendido también embargar a San Isidro, no como santo, sino como labrador.

«Viva la república!» grito tan simpático el Sr. Segasta en 1874; lanzado en plena fusión por un ciudadano en la plaza pública de Carceda de Buseho ha sido penado por tofe de lo criminal de la Audiencia de Burgos, con cuatro meses de arresto mayor.

Afortunadamente el Tribunal Supremo ha casado y anulado la sentencia.

Claro está. ¿Cómo podía constituir delito el que cada cual exprese lo que siente en materia política?

¡Fusionistas al fin!

«Tampoco en la segunda subasta de la cabeza del toro Capriotes luto quien ofreciera un perro chico por ella. Cabezas de mayor importancia que la de este corrupto he visto yo en subasta y tampoco ha dado nadie nada por ellas.

Un estimado colega nuestro que ve la luz en una isla cercana ha encontrado la manera de redactar gratis los números de su semanario.

Estimado colega; aunque no sea más que por cortesía, diga V. que son de LA MOSCA los artículos y noticias que publica.

¡Harácan de copias, equivale a calma chicha de origen.

—No me mires así Perico.

—Pero mugercita mía, es porque te amo.

—Lo creo esposito mio, pero no ves que me comprometes

de seguir así la gente no creerá nunca que seamos casados.

—Entre dos amigos:

—Dices que este joven te sigue a todas partes?

—A todas partes, al teatro, a la iglesia, en fin no me deja nunca. Te aseguro que me molesta y ya no puedo más.

—¿Quieres librarte de él?

—¡Oh! ¡si supiera como hacerlo!

—El medio es facilísimo: casate con él.

MOSQUEO.

LIBROS RECIBIDOS.

«La flor de la poesía» Con este título llega a nuestras manos un *engendro literario* que recomendamos a los lectores no porque sea interesante, perdiendo el tiempo y el dinero cosas ambas tan raras en estos tan progresivos. Dice D. José Pascual de Málaga, su autor:

• Felicitamos al propietario, del local RESTAURANT. Excmo. Sr. Duque de Fernán-Núñez. que con mano solazada no es café, sino palacio: brillante como un topacio, es el que se destaca en la plaza de la Constitución, en su honor rindamos tributo de admiración. El elogio a D. Joaquín Álvarez, su administrador: D. Gerónimo Cuervo, el arquitecto; el admorista D. Francisco del Pozo; D. José Cabeza y D. Joaquín Maza; el barbero; y Carreto, como hábil pintor. ¡Viva, pues, las artes: en su lool

«El divorcio entre dos almas» es un lindo poema de Francisco de Abarzuza, distinguido con un prólogo del reputado escritor D. Urbano González Serrano, que el contrario de el anterior reconocemos al público compra en la librería de Parera, 6, Píno, 6, de esta Ciudad.

Solucion a la charada del número anterior.

ADELFA.

CHARADA.

Dierónle a Cristo mi todo con una dos tras primera: Yo no se la hubiera dado aunque lo hubiera da la tercia.

(La solución en el próximo número.)

Al que envíe por escrito a esta Administración, 6, Píno, 6, la solución exacta de la charada, le regalaremos una colección completa de *La Mosca Roja* números publicados hasta hoy.

Cesará de tenerse opción a este obsequio, tan luego como vea la luz el próximo número.

IMPRESA LA RENAISSANCE, XUCUÁ, 13, SAJON.

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALIZADA POR EL Sr. D. EMILIO SOLER.

EMILIO SOLER.

noble y pura, con sus labios tantas veces besados, con sus ojos negros, con su abundosa cabellera; pero inerte, muda, sin la sonrisa que era la flor de su vida, en el póster flamígero de sus pupilas, sin la dulzura de su amorosa voz.

Antonio dejó caer su rostro sobre el rostro dorado, cubriéndolo de besos y de lágrimas; la llamo por su nombre con acento suavísimo, pero él no contestaba, y Carmen no contestó.

Oyéronse los pasos de la hermana. Antonio levantó la cabeza, procuró serenarse y estuvo tocándole el pulso a la enferma un buen rato.

La hermana Micaela se acercó a la cama, dejó en la mesita contigua una botella cuyo contenido ella a éter; luego tomó una cuchara que llenó de aquella mixtura.

—Crée V., dijo Vargas, que podrá traer bien. —Es probable que sí. Todo es cuestión de tener un poco de maña.

En efecto, el líquido colocado en el fondo de la boca con mucha destreza por la experta hermana, bajó al estómago.

—Ha dicho el doctor que debe administrarse cada media hora?

—Cada media hora, contestó la hermana.

Enseguida este encendió una lámpara que colgaba del techo, y con el mismo lámpara suspendido también cuatro cirios del altar que había al extremo de la sala. Hecho esto puso una gran toalla bordada sobre el lecho de Carmen.

Antonio se estremeció al ver estos preparativos. —Hay orden de viajar! preguntó mis afectado que me dice.

—Viajarla, no se puede; su estado no lo permite, pero se la favorecerá con la extremaunción.

La palabra extremaunción hizo en el joven un efecto terrible.

«¡Almal murmuró mordiendo los labios para evitar un sollozo.

No obstante, la hermana Micaela había pronunciado aquellas frases con toda tranquilidad, como quien no dice nada.

Antonio salió de la estancia, conociendo que le sería imposible presenciar la tremenda ceremonia. Sin perder tiempo se dirigió a la habitación en que vivían Carmen y Anita.

Esta joven le conocía solo de nombre, pero le franqueó la entrada en cuanto escuchó la terrible noticia.

Dijo que su amiga se había ido de casa después de comer para volver a las cinco, y que no podía atinar la causa de la catástrofe.

Antonio revolvió todos los muebles de Carmen, en busca de algún indicio, pero en vano. Un sólo papel le llamó la atención; era una carta firmada por un Burrado de Mendoza, que por lo mismo se era apellidado de historia le pareció pseudónimo. Decía la carta que la joven se presentase a la una del día siguiente en la calle de San Ramon, núm. 50, 1.ª, para tratar de una lección de francés que había de dar a dos señoritas.

—La carta tiene fecha de ayer, dijo Antonio sobresaltado.

—Sí, y Carmen ha salido hoy antes de la una... ¿cómo se le ha sobrevenido el accidente... ¡es coincidente!

—Anita! dijo el joven después de un rato de reflexión. No olvide V. a su amiga, cuide V. estos objetos como si fueran suyos, y cuente V. con todo el reconocimiento. Ahora voy a la calle de San Ramon.

Al subir le escalera del núm. 50, conoció que aquella era una casa *non-sancta*, como dicen los gacelleros.

Una señora, ya jamona, le abrió la puerta, y con acento brusco preguntó:—¿Que se le ofrece a V. caballero? ¿Quiere V.?

—Vive aquí B. Hurtado de Mendoza?

—No señores... aquí nó... se habrá V. equivocado...

—Es muy fácil... pero V. no conoce a nadie que diga llamarse Hurtado de Mendoza?

—Le aseguro a V. que nó.

—Antonio no se dio por satisfecho.

—Señora, dijo con resolución, seamos francos. ¿tiene aquí algunas chicas y habitaciones para quien se presente...?

—El señor, contestó ella dominada por el aspecto severísimo que el rostro de Antonio ofrecía en aquel momento.

—Está muy bien. Hoy a la una ha venido una

joven desconocida para V. y algún caballero la esperaba aquí y V. ha sido cómplice con una infamísima...

—¡Yo! No es verdad, no es verdad, sea V. en un error...

—¡Lo negará, infame embustera! gritó el fuera de sí.

—¡Caballero! me insulta V. en mi casa, y yo... puedo hacer que se arrepienta, exclamó ella con ira recontraada.

—Lo creo... y me retracto de lo dicho, con tal que me explique V. si quiera el domicilio de ese Mendoza, y su verdadero nombre.

—¡Pero cuántas veces le he de decir que no sé de quien me habla! Vaya V. enhorabuena y válmese V., exclamó ella como tomando la cosa a broma y burlándose del joven. Diciendo esto le indicó la puerta.

—¡Por Dios, señoría yo no quiero comprometer a V.; tan solo deseo saber el domicilio y el nombre de este sugeto... griaba Antonio en un estado de verdadera estacion.

—¡Vuelta con la cántina! vamos, señor mío, le han engañado a V.

—El joven comprendió que todo sería inútil. Sin pruebas, era imposible luchar con aquella gente. Pasó la puerta y al bajar los primeros escalones aquella mujer repetía:—Le han engañado, usted.

—¡Tú sí que me engañas, maldita Celestina! gritó apresurándose a dejar aquel sitio.

—Celestina! no sé, señor, decía ella riendo desahadadamente, yo no me llamo Celestina, me llamo Pilar...

Cuando Antonio volvió al hospital, las cosas continuaban de igual modo. Examinó a la enferma con el medico de guardia y manifestó la necesidad de obrar activamente. El medico no se mostraba muy inclinado a combatir aquella crisis, y Vargas se pidió permiso, por amor a la ciencia y a la enferma, aunque esto último no lo dijo, para quedarse toda la noche observando los cambios fisiológicos que pudiesen sobrevenir.

Concedido el permiso, el estudiante bajó a la habitación de guardia en donde halló un alumno interno llamado Soler, que estaba leyendo una novela de Paul de Kock. Era ya las 7 de la noche, y Soler quedó sorprendido al ver a su compañero.

—Mira, le dijo, si quieres marcharte a tu casa ó a paseo, no puedes; yo me quedo de guardia por tí.

—No dices de veras? exclamó el otro alborozado, —De todas veras. Me convience.